

Los secretos de las secretarias. El trabajo femenino en los empleos administrativos (Buenos Aires y Santiago de Chile, 1910-1955)

Secretaries' secrets. The female labour market in private bureaucratic jobs (Buenos Aires and Santiago de Chile, 1910-1955)

Resumen:

Este artículo se propone analizar la construcción de la identidad laboral de la ocupación de secretaria en Buenos Aires y Santiago de Chile, dos sociedades que vivieron similares procesos de modernización capitalista, en la primera mitad del siglo XX. Uno de los fenómenos sobresalientes de esos procesos fue la expansión de los mercados de trabajo y, dentro de ellos, de las ocupaciones administrativas. Dentro de éstas, la secretaria se constituyó en una ocupación que vivió tanto un proceso de *profesionalización* a partir del pasaje por el sistema educativo, como un proceso de *feminización* que estimuló la presencia de mujeres. De acuerdo con lo anterior, en primer lugar, se demostrará el ingreso e incremento de las mujeres en el sector burocrático privado; en segundo lugar, se caracterizará el proceso de profesionalización y, finalmente, se abordará el proceso de feminización de la ocupación. El análisis se desarrollará a partir de un análisis crítico de censos de población, manuales de capacitación comercial y prensa comercial que se realizará desde la Historia de las Mujeres y los estudios de género.

Palabras clave: Trabajo femenino; Empleadas administrativas; Profesiones

Abstract:

This article aims to analyse the configuration of secretaries' labour identities in Buenos Aires and Santiago de Chile between 1910-1955, two cities that went through similar processes of capitalist modernisation during the first half of the twentieth century. A noticeable phenomenon within those processes was the expansion of the labour market and, in particular, of the administrative jobs. Among the latter, secretaries increased their professionalization, which derived from both their access to the educational system and the progressive feminisation of administrative tasks. In this work, firstly, I will show the rise in the number of women occupied in the private bureaucratic sector. Secondly, I will address the feminisation of the secretarial profession. The analysis, which draws on Women's History and Gender Studies, will proceed through a critical analysis of population censuses, training manuals for the commercial area and commercial press.

Key Words: Female Labor; Female Clerical Workers; Professions

Fecha de recepción: 2 de mayo de 2019

Fecha de aceptación: 27 de junio de 2019

Los secretos de las secretarias. El trabajo femenino en los empleos administrativos (Buenos Aires y Santiago de Chile, 1910-1955)

Graciela Amalia Queirolo*

En 1948, *Eva*, una publicación de la editorial chilena Zig Zag presentada como “la revista moderna de la mujer”, inauguraba una serie de columnas sobre “las nuevas profesiones para la mujer”. La primera de ellas estuvo dedicada a “la perfecta secretaria”:

La secretaria, como el nombre lo indica, es la persona que tiene los secretos del jefe, es decir, es el segundo “yo” del jefe. Tiene que estar impuesta de todo el manejo de la oficina, ya sea ésta una firma comercial, de publicidad, el estudio de un profesional, etc. Debe contar con la absoluta confianza del jefe y hacer frente a cualquier problema difícil que se presente en su ausencia y resolverlo según su criterio. [...] En la parte práctica debe preocuparse de que [...] haya orden y armonía dentro de la oficina, que [su] apariencia externa [...] sea agradable a la vista, que su voz no sea chillona, que sus modales no sean bruscos, que tenga buena memoria, tacto, discreción, que trate con amabilidad a la gente (jefes y subalternos). En cuanto a la parte técnica, una secretaria debe saber: dactilografía, taquigrafía, debe tener buena redacción, buena ortografía, en lo posible saber un idioma y saber encabezar una carta.¹

Según lo anterior, toda secretaria debía dominar saberes comerciales como la mecanografía, la taquigrafía y la redacción, así como también debía cumplir con requisitos de apariencia física mientras desplegaba conductas como la discreción, la prudencia y la amabilidad. De esta manera, la ocupación entrelazaba destrezas técnicas con aspecto exterior y habilidades actitudinales. Esta secretaria se desempeñaba dentro de la oficina, un novedoso espacio laboral que reunía a empleados –mujeres y varones– bajo las órdenes de un directivo –el jefe–. Allí, así como ejercía la obediencia ante su jefe, también tomaba decisiones frente al conjunto del personal ya de la oficina, ya de la empresa y hasta del ámbito exterior. Una publicidad gráfica de Academias Pitman, institución argentina de capacitación comercial, la había presentado como “el brazo derecho de gerente”, una imagen que encarnaba su jerarquía intermedia dentro de la burocracia.²

Fue hacia mediados de los años treinta, momento en que las burocracias privadas incrementaron su expansión, cuando la ocupación de secretaria se conformó en la cumbre de la carrera laboral de las mujeres en los empleos administrativos, especialmente dentro de las burocracias privadas. Se trató de un proceso que, tanto en la sociedad argentina como en la chilena, se había iniciado en la década de 1910, momento en que las columnas de avisos clasificados habían comenzado a incorporar ofertas y pedidos de dactilógrafas, así como también a promocionar instituciones que vendían cursos de enseñanza comercial que incluían todas las técnicas anteriormente señaladas. En las décadas siguientes, el proceso se

* Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género (IDIHCS), Universidad Nacional de La Plata, Argentina. Correo electrónico: graciela.queirolo@gmail.com. Quiero agradecer la lectura atenta de las y los evaluadores cuyas sugerencias espero haber respondido. Asimismo, me beneficié enormemente con los elaborados comentarios de Alicia Salomone y Matías Wymerszberg.

¹ *Eva* (Santiago de Chile), 5 de marzo de 1948, p. 29.

² *Para Ti* (Buenos Aires), 31 de agosto de 1937, p. 31.

incrementó como parte de un movimiento mayor de expansión de la modernización capitalista que contempló un desarrollo de las burocracias privadas. Entonces, capacitación técnica, apariencia exterior y posición intermedia dentro de la jerarquía ocupacional de las oficinas, se entretejieron para modelar la particular identidad laboral de las secretarías que las distinguió, con una importante cuota de prestigio social, dentro del enjambre del personal administrativo llamado “empleados de escritorio” en la sociedad argentina y “empleados particulares” en la sociedad chilena.

Sin embargo, en ambas sociedades, esta ocupación sobrellevó las inquietudes y malestares sociales que presentó, en general, la participación femenina asalariada. En los inicios del siglo XX, como señaló Asunción Lavrin (2005 [1995]), la obrera se convirtió en la asalariada más controvertida e integró los debates sobre la cuestión social que nació con los profundos desajustes entre la expansión económica y la desigual distribución de sus beneficios. Marcela Nari (2005) y Mirta Lobato (2007), en sus respectivas investigaciones, concluyeron que la trabajadora fabril se representó como “la cuestión de la mujer obrera” o “un jirón del hogar abandonado”. Esta melodramática imagen planteaba la contradicción entre tareas asalariadas (trabajo productivo) y tareas domésticas (trabajo reproductivo) que ya había sido analizada para las sociedades europeas (Scott, 2000): si las mujeres pasaban extensas jornadas en la fábrica, ¿cómo se encargarían de los quehaceres domésticos y, más grave aún, de las faenas de cuidado de sus hijas e hijos, responsabilidades naturalizadas como femeninas a partir de su condición maternal? Asimismo, el análisis de Elizabeth Quay Hutchison (2005 [2001]) concluyó que, para los contemporáneos, la “mujer trabajadora” conformó una “paradoja cultural”, un fenómeno social que debía ser explicado.

Esta preocupación social que protagonizó el trabajo femenino asalariado también se manifestó con la expresión “mujeres que trabajan” de uso muy frecuente a ambos lados de la cordillera y síntoma no solo de la dificultad de nombrar a la “trabajadora” sino también de la expansión de su presencia en numerosas ocupaciones que excedían lo estrictamente industrial –empleadas, maestras, enfermeras, entre otras–. Fue así como el incesante y constante ingreso de las mujeres al mercado laboral se interpretó a partir de la necesidad material de las protagonistas, ocasionada por la ausencia de un varón proveedor dentro de su grupo familiar o por los ingresos insuficientes de aquél. Asimismo, su presencia laboral se pensó como temporaria, en especial durante la soltería, al tiempo que se le asignó a los salarios un valor suplementario, un monto que completaba el presupuesto familiar, por lo tanto, un valor menor que el valor de los salarios masculinos. Entonces, necesidad, temporalidad y complementariedad conformaron el triángulo de sentidos que pretendió resolver la contradicción que encarnaba la “mujer que trabajaba” presentando su participación asalariada como una actividad excepcional. De esta manera, las tareas asalariadas se sumaron a las tareas domésticas y de cuidado dando lugar a las “dobles tareas” que, por lo general, forzaron a las mujeres a optar por las segundas, reforzando aún más la excepcionalidad de las primeras.

Este artículo se propone analizar la construcción de la identidad laboral de la profesión de secretaria en Buenos Aires y Santiago de Chile, dos sociedades que vivieron similares procesos de modernización capitalista. Uno de los fenómenos sobresalientes de esos procesos fue la expansión de los mercados de trabajo y, dentro de ellos, de las ocupaciones administrativas que convocaron al enjambre de empleados. La secretaria se trató de una ocupación que vivió tanto un proceso de *profesionalización* a partir del pasaje por el sistema educativo como con un proceso de *feminización* que estimuló la presencia de mujeres.

De acuerdo con lo anterior, este artículo, en primer lugar, se propone demostrar el ingreso e incremento de las mujeres en el sector burocrático privado dentro de los procesos de modernización capitalista, destacando el temprano desarrollo de esa participación, frente a interpretaciones que ubican dicho fenómeno a partir de la segunda mitad del siglo XX. Semejante participación amerita un análisis que presente sus particularidades. En segundo lugar, se detiene en caracterizar el proceso de capacitación profesional y, finalmente, aborda el proceso de feminización de la ocupación. Se trabajará con la hipótesis de que si la profesionalización promovió las expectativas de una carrera laboral con el consiguiente acceso a la promoción social, la feminización se anudó a las concepciones de excepcionalidad del trabajo femenino asalariado y marcó los límites del desarrollo profesional. Dentro de esta tensión entre movilidad ocupacional y excepcionalidad de género se desarrolló la identidad laboral de las secretarías.

Mujeres y varones en las burocracias privadas

Tanto en la Argentina como en Chile, el desarrollo del sector burocrático se entrelazó con procesos más generales del despliegue de la modernización capitalista. A pesar de las diferencias temporales, en el siglo XIX, ambas sociedades vivieron el proceso de construcción de sus Estados Nacionales y de inserción en un mercado internacional como productoras de diversos bienes primarios –que variaron a lo largo del tiempo– y receptoras de capitales extranjeros. La producción agrícola ganadera se convirtió en el motor de crecimiento para la Argentina mientras que la producción minera lo hizo para Chile. Esta inserción internacional desencadenó movimientos migratorios que, en el caso argentino, fueron predominantemente trasatlánticos y, en el caso chileno, internos. De la misma manera, se produjeron procesos de urbanización en los que sobresalieron las ciudades de Buenos Aires y Santiago. Allí, se desarrollaron mercados internos que se abastecieron con las actividades industriales y comerciales vernáculas. En un lapso apenas superior a treinta años, Buenos Aires duplicó su población –de 1.575.814 habitantes (725.844 mujeres y 849.970 varones) subió a 2.982.580 (1.533.174 mujeres y 1.449.406 varones)³, mientras que Santiago casi llegó a triplicarla –de 685.358 habitantes (363.717 mujeres y 321.641 varones) saltó a 1.754.954 (930.046 mujeres y 824.908 varones).⁴ Cada una se convirtió, con sus propias magnitudes, en una “ciudad de masas” (Romero, 1986; De Ramón, 2007). La crisis económica de 1930 inauguró nuevos rumbos para las actividades productivas que, aunque continuaron supeditadas a las exportaciones de bienes primarios, expandieron aún más la industrialización y el mercado interno al calor de una destacada intervención del Estado. Al mismo tiempo, se profundizó la burocratización de la economía de tal manera que las actividades administrativas consolidaron su condición de imprescindibles para el correcto funcionamiento de la producción, el comercio y las finanzas.

Los mercados laborales se expandieron. Sus integrantes se duplicaron en cantidades absolutas. En la ciudad de Buenos Aires, las y los trabajadores que, en 1914, eran 792.361 treparon, en 1947, a 1.416.674 (tabla 1) mientras que, en Santiago, las y los trabajadores que,

³ *Tercer Censo Nacional. Levantado el 1 de junio de 1914*, t. IV: *Población*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L.J. Rosso y Cía., 1916, pp. 201-212; Presidencia de la Nación. Ministerio de Asuntos Técnicos. *IV Censo General de la Nación*, t. I: *Censo de Población*, Buenos Aires, Dirección Nacional del Servicio Estadístico, 1952, p. 67.

⁴ Dirección General de Estadística, *Censo de Población de la República de Chile. Levantado el 15 de diciembre de 1920*, Santiago de Chile, Soc. Imp. y Litografía Universo, 1925, pp. 464-473; *XII Censo General de Población y I de Vivienda. Levantado el 24 de abril de 1952*, t. III, República de Chile, Servicio Nacional de Estadísticas y Censos, 1956, p. 580.

en 1920, eran 300.648 llegaron, en 1952, a 689.412 (tabla 2). A pesar de que las mujeres mantuvieron un volumen minoritario respecto de los varones, merece destacarse que, en Buenos Aires, el porcentaje de mujeres asalariadas se incrementó levemente: de un 25% (1914) a un 28% (1947); mientras que, en Santiago, apenas se redujo un punto: de un 34% (1920) a un 33% (1952). Estas cifras, que se calcularon sin desatender que las fuentes censales incurrir en el subregistro de la participación femenina asalariada, ratifican la temprana presencia femenina en el mercado laboral a partir de la expansión de la modernización capitalista.

**Tabla 1. Población asalariada. Mujeres y varones. 14 años y más.
 Ciudad de Buenos Aires, 1914-1947⁵**

Año	Total			Porcentaje respecto del total		
	Mujeres	Varones	Total	Mujeres	Varones	Total
1914	194.517	597.844	792.361	25%	75%	100%
1947	396.428	1.020.246	1.416.674	28%	72%	100%

Fuente: elaboración propia en base a documentos de nota 3.

**Tabla 2. Población asalariada. Mujeres y varones.
 Provincia de Santiago de Chile. 1920-1952⁶**

Año	Total			Porcentaje respecto del total		
	Mujeres	Varones	Total	Mujeres	Varones	Total
1920	101.583	199.065	300.648	34%	66%	100%
1952	227.892	461.520	689.412	33%	67%	100%

Fuente: elaboración propia en base a documentos de nota 4.

En Santiago, la proporción de mujeres asalariadas respecto de varones fue mayor que lo que ocurrió en Buenos Aires, es decir, Santiago desarrolló un mercado laboral más pequeño que el de Buenos Aires, en el que había comparativamente una mayor proporción de mujeres realizando tareas asalariadas. No obstante, hacia mediados de siglo los mercados de ambas metrópolis prácticamente habían igualado las características de su composición genérica: de diez personas que trabajaban, tres eran mujeres y siete varones.

Este proceso de crecimiento de personas asalariadas también involucró a las y los empleados administrativos del sector privado. El volumen de empleados –mujeres y varones– creció considerablemente en las dos ciudades bajo análisis. En Buenos Aires, las y los 66.313 empleados (1914) treparon a 282.192 (1947) –tabla 3–. En Santiago, las y los 3.374 empleados (1920) crecieron a 81.175 (1952) –tabla 4–.

**Tabla 3. Empleados administrativos (sector privado).
 Mujeres y varones. 14 años y más.
 Ciudad de Buenos Aires, 1914-1947**

Año	Total	Porcentaje respecto del total
-----	-------	-------------------------------

⁵ Entiendo por población asalariada a aquella que realiza diferentes actividades económicas a cambio de un salario. El censo de 1914 clasificó a la población según la profesión a partir de los 14 años. El censo de 1947 clasificó a la población a partir de los 14 años en “ocupados con retribución”.

⁶ El censo de 1920 contabiliza las actividades económicas de la población a partir de un listado de profesiones, sin discriminar la edad de las personas. En cambio, el de 1952 lo hacen por grupos de ocupaciones y consideran la población a partir de los 12 años de edad.

	Mujeres	Varones	Total	Mujeres	Varones	Total
1914	7.041	59.272	66.313	11%	89%	100%
1947	44.426	237.766	282.192	16%	84%	100%

Fuente: elaboración propia sobre los documentos citados en la nota 3.

**Tabla 4. Empleados administrativos (sector privado).
 Mujeres y varones. 12 años y más.
 Provincia de Santiago de Chile. 1920-1952**

Año	Total			Porcentaje respecto del total		
	Mujeres	Varones	Total	Mujeres	Varones	Total
1920	484	2.890	3.374	14%	86%	100%
1952	25.513	55.662	81.175	31%	69%	100%

Fuente: elaboración propia sobre los documentos citados en la nota 4.

Al mensurar estas cifras respecto de la totalidad de la población asalariada se obtiene una interesante ponderación del crecimiento de las burocracias privadas. En Buenos Aires, en 1914, las y los empleados administrativos constituyeron un 8% del total de la población asalariada. En 1947, en cambio, fueron un 20%. Por su parte, en Santiago, en 1920, las y los empleados administrativos representaron un 1% del total de la población asalariada, mientras que, en 1952, crecieron a un 12%.

De acuerdo con todas estas cifras se puede concluir que, en ambas ciudades, la cantidad de empleados –mujeres y varones– creció, con volúmenes específicos, tanto en valores absolutos como en relación de la totalidad de personas asalariadas. Asimismo, es interesante destacar que, tanto en Buenos Aires como en Santiago, hacia mediados del siglo XX, de cien mujeres asalariadas, once se desempeñaban como empleadas administrativas en una oficina. Este dato nos permite mensurar la importancia de la ocupación dentro de la población femenina asalariada y equiparar su magnitud respecto de otras ocupaciones que expresaron importantes diferencias entre ambas ciudades, como la de obreras y la de servicio doméstico, producto de sus diferentes estructuras ocupacionales –tabla 5–.⁷

**Tabla 5.
 Ocupaciones de mujeres respecto de la población asalariada de mujeres.
 Buenos Aires (1947) y Santiago de Chile (1952)**

Ocupaciones	Ciudad de Buenos Aires (1947)	Provincia de Santiago de Chile (1952)
Empleadas administrativas (sector privado)	11%	11%
Obreras	40%	27%

⁷ No ahondaremos en los motivos de tales diferencias. Algunas respuestas se pueden construir a partir de Lobato (2007) y Hutchison (2005 [2001]).

Servicio doméstico	25%	40%
Otras (sin especificar)⁸	24%	22%
Total	100%	100%

Fuente: elaboración propia en base a Presidencia de la Nación. Ministerio de Asuntos Técnicos. *IV Censo General de la Nación*, t. I, *Censo de Población*, Buenos Aires, Dirección Nacional del Servicio Estadístico, 1952, pp. 28 y 67; *XII Censo General de Población y I de Vivienda. Levantado el 24 de abril de 1952*, t. III. República de Chile, Servicio Nacional de Estadísticas y Censos, 1956, p. 580.

Finalmente, diremos que hacia mediados del siglo XX, en Buenos Aires, un 73% de taquígrafa-dactilógrafas eran mujeres, mientras que, en Santiago de Chile, un 70% lo eran (Queirolo, 2018 y en prensa). Aunque carecemos de datos para establecer una comparación cuantitativa de las secretarías, los porcentajes anteriores nos permiten afirmar que las secretarías eran predominantemente mujeres desde el momento que toda secretaria era técnicamente experta en taquigrafía y dactilografía, requisitos imprescindibles para acceder al puesto, es decir, que los porcentajes anteriores se pueden asumir como relativos a la profesión secretarial.

De acuerdo a todo lo expuesto, podemos concluir que las y los empleados conformaron la mano de obra que protagonizó la expansión de las burocracias privadas. Interpretaciones historiográficas muy difundidas relacionaron a los empleados con las clases medias. José Luis Romero (1986) y Armando de Ramón (2007) postularon que las clases populares vivieron un proceso de movilidad social ascendente a partir de su participación laboral en actividades relacionadas con la modernización capitalista, entre las que se encontraron las administrativas. Esto habría dado origen a las clases medias. De Ramón se refirió también a la movilidad social descendente que empujó a los sectores acomodados a ingresar a las oficinas. Tanto en un caso como en el otro, los empleos administrativos se presentaron como ocupaciones que poseían implícitamente importantes cuotas de prestigio social, por lo tanto, coronaban el esfuerzo de los que ascendían al tiempo que evitaban la vergüenza de los que descendían.

Más recientemente, otras interpretaciones historiográficas han cuestionado estos análisis. Azun Candina (2009) no separó a los empleados de los grupos medios, pero señaló la condición asalariada de los primeros y el carácter heterogéneo de los segundos. Asimismo, Ezequiel Adamovsky (2009) señaló la movilidad ocupacional de las clases trabajadoras antes que la movilidad social puesto que el pasaje de las ocupaciones manuales a las ocupaciones intelectuales no eliminó la dependencia de las relaciones asalariadas que mantuvieron sus protagonistas.

De acuerdo con lo anterior, postularemos que la identidad laboral de los empleados administrativos –mujeres y varones– se construyó sobre la tensión entre dependencia salarial y estatus social prestigioso. El estatus, expresado en su educación y su vestir, los distinguía dentro de las clases trabajadoras pero la condición asalariada como única vía para satisfacer las necesidades materiales y acceder al bienestar, los reintroducía en ella. A continuación desarrollaremos los procesos de capacitación profesional propios de las ocupaciones administrativas y sus vinculaciones con la movilidad ocupacional ascendente.

⁸ Dentro de esta categoría se incluyen las ocupaciones educativas, sanitarias y de las burocracias públicas. El diseño de cada uno de los censos no permite realizar comparaciones entre estas ocupaciones.

Las y los empleados y su capacitación profesional

Un imaginario muy difundido representó a los empleos administrativos como ocupaciones beneficiosas para sus protagonistas porque, supuestamente, no solo no dañaban sus cuerpos sino que ni siquiera los cansaban. Asimismo eran “provechosas” ya que estaban “bien retribuidas”.⁹ Estas concepciones se elaboraron en oposición a dos modalidades de actividad laboral. En primer lugar, se diferenciaron de las ocupaciones manuales que así como deterioraban los cuerpos también estaban pésimamente remuneradas. En segundo lugar, se distinguieron de las personas “improvisadas” que solo aprendían las tareas en la cotidianeidad laboral y, por lo tanto, tenían mayores limitaciones para obtener el acceso a sueldos destacados cuando no sufrían la amenaza de ser despedidos. En los empleos administrativos, la clave para acceder, permanecer y ascender fue la capacitación comercial, es decir, el dominio de saberes técnicos. Así, las clases trabajadoras, quienes solo contaban con su fuerza de trabajo para vender, fueron convocadas para estas ocupaciones: “quien vive de su trabajo, no pude dejar de prepararse. (...) Recuerde que el mejor seguro contra la desocupación es saber más”;¹⁰ o “adquiriendo esta profesión decente y provechosa, podrá contemplar la vida con plena confianza en sí mismo y llegará a sentir la felicidad del que no teme la miseria porque sabe trabajar”.¹¹

El proceso de capacitación profesional en saberes comerciales recayó, principalmente, en instituciones privadas. Numerosos establecimientos diagramaron cursos con un formato que combinaba brevedad, facilidad económica y certificación. En pocas semanas o pocos meses, con una carga horaria compatible con otras actividades, a precios que podían ser pagados por las y los integrantes de las clases trabajadoras, que incluso admitían la posibilidad de financiamiento, y con la promesa de certificado de estudios –el “diploma”– que avalaba la adquisición de la técnica aprendida, se propagaron las técnicas comerciales. Además, se promocionó una “matrícula permanente”, es decir, que se podían iniciar los estudios en cualquier mes del año, sin estar ceñidos por la exigencia de un rígido calendario estatal. Institutos, academias y “universidades” –ostentoso título que emulaba la educación superior– enseñaron mecanografía, taquigrafía, redacción, aritmética, contabilidad y caligrafía, conocimientos mercantiles básicos para desempeñarse como empleado de escritorio. Además, la adquisición de la técnica se perfeccionaba con el ejercicio cotidiano en la oficina.

Se ofrecieron cursos presenciales, en los que el estudiantado asistía al establecimiento, y cursos por correspondencia, en los que las personas interesadas recibían las lecciones y resolvía los ejercicios a través de envíos postales. Ambas modalidades brindaron enormes amplitudes horarias. Mientras los primeros abrieron sus puertas en “horarios diurnos, vespertinos, nocturnos”, los segundos invitaron a la autoadministración de los tiempos individuales para expresar el uso de las horas libres.

Existieron numerosos establecimientos de educación comercial. Todos ellos publicitaron sus cursos en la prensa comercial, ya sea con avisos clasificados o con publicidades gráficas, de la misma manera que diseñaron folletos de propaganda y materiales de estudio. Si bien solo señalamos la propuesta de educación comercial, la mayoría de ellos

⁹ Instituto de Contabilidad y Técnica Comercial de Chile, *Dactilografía moderna al tacto*, Santiago de Chile, Imprenta Santiago, 1927, p. 5; Academias Pitman, *El libro del éxito. Cómo prepararse para el comercio*, Buenos Aires, Academias Pitman, 1950, p. 1.

¹⁰ Academias Pitman, *Guía de estudios para el comercio*, Buenos Aires, Academias Pitman, s/f, p. 9.

¹¹ Instituto de Contabilidad y Técnica Comercial de Chile, *Dactilografía moderna al tacto*, p. 5.

también ofreció otros numerosos cursos de “educación profesional” para mujeres –costura o “corte y confección”, belleza– y de “educación técnica” para varones –mecánica, electricidad– (Queirolo, 2016).

En Buenos Aires, se destacó Academias Pitman, que junto a una sede central ubicada en el centro de la ciudad abrió sucursales barriales, así como también en diferentes ciudades de todo el país e inclusive en Montevideo (Queirolo, 2018). En Santiago, convivieron varios establecimientos ubicados en pleno centro como el Instituto Técnico y Profesional de Santiago, que promocionaron su fácil acceso –“a un paso de todas las líneas de tranvías y recorridos de autobuses”¹²– y algunos que, como el Instituto Comercial Alonso Figueroa, hasta ofrecieron un “sistema de internado” que le permitía a los y las estudiantes de las regiones establecerse el tiempo de estudio en la capital como “pupilos”.¹³ De todos modos la modalidad de enseñanza por correspondencia siempre fue una opción para las y los interesados de ambos países. Tal es así que algunos establecimientos de Buenos Aires intentaron avanzar en el sistema educativo chileno. Fue el caso Escuelas Latino-Americanas que ofrecieron la “enseñanza por vía aérea”¹⁴ y de las mismísimas Academias Pitman que lanzaron desde las columnas de la revista *Eva* su “invitación a la juventud chilena”¹⁵.

Cierto es que los establecimientos privados no fueron los únicos canales de acceso a la capacitación comercial, puesto que también existieron establecimientos de enseñanza media, dependientes del Estado Nacional, como el Instituto Técnico Comercial de Santiago o las Escuelas Nacionales de Comercio en la ciudad de Buenos Aires, pero la gran ventaja que aquéllos ostentaron fue la rapidez: meses frente a los años requeridos por los establecimientos educativos. En un contexto de expansión del mercado de trabajo, con la promesa de una inmediata inserción y un futuro ascenso, con los consecuentes beneficios salariales, se comprende el florecimiento de las instituciones privadas de la sociedad civil. En Buenos Aires, este formato de capacitación también fue difundido por instituciones barriales como las bibliotecas, diferentes agrupaciones sindicales, políticas y confesionales, mientras que en Santiago, la Universidad Católica lo adoptó en sus cursos “libres y breves” que luego dieron paso al Instituto Femenino y la Universidad de Chile hizo lo propio bajo la oferta de su Departamento de Estudios Generales.¹⁶

La máquina de escribir, artefacto emblema de la modernidad laboral, dio vida a la mecanografía o dactilografía, es decir, la “escritura a máquina por el método científico del tacto”. Este consistía en el uso de los diez dedos de ambas manos sin mirar el teclado, de manera de desarrollar velocidad en la escritura. Se trataba de entrenar los dedos a través de ejercicios motrices que permitían internalizar la ubicación de letras, números y signos de puntuación. Para ello, se escribían palabras reiteradamente y luego se medía el tiempo con el fin de desarrollar la rapidez. Con esta técnica se podían transcribir dictados o documentos escritos a gran velocidad, sin cometer errores de tipeo. Academias Pitman sostenían que para adquirir una velocidad de 45 palabras por minuto, era necesario un curso de tres meses de

¹² Instituto Técnico Comercial y Profesional de Santiago, *Prospecto General*, p. 1.

¹³ Instituto Comercial Alonso Figueroa, *Prospecto General 1943*.

¹⁴ *Margarita* (Santiago de Chile), 24 de marzo de 1949, p. 39.

¹⁵ *Eva* (Santiago de Chile), 24 de noviembre de 1944, p. 59.

¹⁶ Para la Universidad Católica ver *El Mercurio de Santiago* (Santiago de Chile), 12 de marzo de 1934 y 6 de marzo de 1944. Para la Universidad de Chile ver “Estudie por correspondencia”, *XXVII Escuela de Verano*, 1952.

estudio con una práctica diaria de dos horas, un total de 125 horas de estudio.¹⁷ Un tiempo similar ofrecía Instituto Técnico Profesional, mientras que Instituto Comercial Alonso Figueroa invitaba a cursos de tres meses con una hora de práctica diaria; un mes con tres horas de práctica diaria e incluso quince días con cinco horas de práctica diaria.¹⁸ La velocidad se combinó con un estricto entrenamiento del cuerpo frente a la máquina de escribir que evitaba el cansancio. Los manuales insistieron en la posición erguida de la columna, el apoyo de los pies, la caída de los brazos, la suave inclinación de la cabeza, los golpes secos de los dedos sobre las teclas. Las ideas sobre “la ausencia de fatiga” o de “tensión nerviosa” abonaron también el prestigio de la ocupación de dactilógrafa. La ilustración de la joven con la venda en los ojos, la cabeza hacia el frente y el cuerpo paralelo a la máquina de escribir fue un emblema de Academias Pitman y de varios manuales chilenos –imagen 1–. Abundaron publicidades redactadas con un género gramatical masculino bajo la pretensión de difundir una convocatoria que incluyera tanto a varones como a mujeres. Sin embargo, las imágenes que las ilustraron colocaron a mujeres frente a las máquinas de escribir y, así indiscutidamente, promovieron la feminización de la dactilografía.



Imagen 1. Jan José María y Ollúa Ricardo, *El corresponsal moderno*, Buenos Aires, Academias Pitman, s/f (c. 1930).

Los requisitos para participar en la capacitación comercial fueron muy accesibles para sociedades que estaban protagonizando procesos de alfabetización expansivos: “con sólo leer y escribir, usted puede aprender una profesión moderna” promocionaba un aviso clasificado.¹⁹ Poseer una cierta instrucción básica, es decir, haber pasado por la educación elemental sin haberla necesariamente completado, se convirtió en un requisito imprescindible. Academias Pitman llegó a ofrecer un curso “elemental” o “preparatorio” para las “personas de poca instrucción”,²⁰ mientras que Instituto Técnico Profesional anunciaba que “para los alumnos de escasa preparación escolar, contamos con cursos preparatorios y se les ayuda especialmente

¹⁷ Instituto Técnico Comercial y Profesional de Santiago, *Prospecto General*, Santiago, Talleres Gráficos El Chileno, s/f, p. 4.

¹⁸ Instituto Comercial Alonso Figueroa, *Prospecto General 1943*, Santiago, Talleres Gráficos El Chileno, 1943.

¹⁹ *El Mercurio de Santiago* (Santiago de Chile), 18 de junio de 1944.

²⁰ Academias Pitman, *Guía de estudios para el comercio*, p. 36.

en sus estudios”.²¹ Semejantes propuestas nos invitan a reflexionar sobre las complejidades de los procesos de alfabetización, que si bien fueron exitosos a ambos lados de la cordillera, no por ello descartaron un desarrollo lleno de obstáculos como lo fue, por ejemplo, la deserción escolar (Lionetti, 2007; Serrano, 2012).

Como ya afirmamos, gracias a la capacitación comercial, el mercado laboral prometía una movilidad ocupacional ascendente. Sin embargo, las trayectorias laborales fueron diferentes para unas y otros. Para las mujeres, el recorrido más transitado fue de “empleada” a “jefa de sección” o “secretaria” –ambas posiciones intermedias– mientras que, para los varones, el desarrollo profesional se inició como “empleado” y podía finalizar en los máximos cargos directivos como “gerentes” o “directores”. Entonces, los saberes comerciales actuaron como una llave de acceso a las oficinas, pero la identidad genérica habilitó diferentes trayectorias con ellos. Detrás de estas concepciones operaron los principios de la división sexual del trabajo que asignaron al trabajo remunerado una identidad masculina y aceptaron la presencia femenina en empleos asalariados solo como una actividad excepcional. La feminización de la profesión de secretaria integró estas concepciones.

Los secretos de las secretarias: una ocupación de mujeres

Si la dactilógrafa representó “la ocupación que es el pan nuestro de cada día”, en la actividad comercial, ocupar un puesto de secretaria fue aspirar a “la profesión de mayor jerarquía para la mujer”, según pregonaba un aviso de Universidad Comercial.²² O, según una publicidad de Academias Pitman, que comparaba a las secretarias con las actrices de espectáculos: “Hágase *estrella* de comercio”.²³ La profesión de “mayor jerarquía” para la mujer en el comercio, el puesto de “gran importancia” o “la estrella de comercio” se traducían en una espléndida remuneración. Sin embargo semejante jerarquía e importancia eran la contracara de una relación de subordinación a su jefe, un directivo de la empresa –“el hombre que dirige la oficina”²⁴–.

¿Cuáles eran los requisitos para acceder a una ocupación de secretaria? En primer lugar, tal como anunciábamos en la introducción, los saberes técnicos, adquiridos previo pasaje por alguna de las instituciones de capacitación comercial, según las modalidades ya explicadas en el apartado anterior. Si bien estos saberes técnicos eran imprescindibles para competir por un puesto, no eran suficientes para conseguirlo, porque también se requería una cierta actitud – los secretos o “trucos (...) para destacarse”–.²⁵ Esta actitud era un conjunto de cualidades que se concibieron como propias de las mujeres, dado que se las presentó como una extensión de su naturaleza femenina. Así, la secretaria ejecutaba un “trabajo ideal para señoritas por las cualidades de orden y habilidad que [exigía]”.²⁶

Precisamente, la habilidad consistía en la gestión de procedimientos tan variados como abundantes que conducían al éxito de los negocios que lideraba un directivo de la empresa. Esta empleada simplificaba, y de esa manera aceptaba, el trabajo del jefe y “lo [suplía]

²¹ Instituto Técnico comercial y profesional de Santiago. *Prospecto General*, contratapa.

²² *El Mercurio de Santiago* (Santiago de Chile), 8 de marzo de 1954.

²³ *Para Ti* (Buenos Aires), 15 de agosto de 1939.

²⁴ “Enamorada de su jefe”, *Margarita* (Santiago de Chile), 16 de marzo de 1939, p. 25 y 89.

²⁵ “¿Qué piensa Ud. de una buena secretaria?”, *Eva* (Santiago de Chile), 26 de noviembre de 1943, p. 18 y 50.

²⁶ Academias Pitman, *El libro del éxito*, p. 74.

eficazmente en los detalles. Así le [dejaba] más tiempo que dedicar a la solución de los problemas importantes del negocio”.²⁷

La secretaria compartía la intimidad del despacho de su jefe cuando él la llamaba, de la misma manera que controlaba quien ingresaba a ese espacio, según previas instrucciones de su superior. Era la “representante del jefe”, frente a cualquier persona que quisiera contactarse con él personal o telefónicamente, ya fuera un integrante de la compañía o alguien ajeno a ella. Como tal, mediaba entre el jefe y el entorno, recibía información que luego encaminaba hacia su superior para facilitarle las tareas. Así, acopiaba la correspondencia, sabía cuál abrir y responder y cuál derivar hacia su superior. Lo mismo con las llamadas telefónicas y con los múltiples pedidos que llegaban a las puertas del despacho de su jefe. Se esperaba que tuviera un trato amable con todas las personas que contactaba: “entre otras atribuciones, la secretaria [...] tiene la de recibir con cortesía a las personas que lleguen al despacho [...]” y de averiguar las intenciones del visitante para que pueda informar con precisión a su jefe.²⁸ La cordialidad iba de la mano de la discreción:

la secretaria, por su posición, oye y conoce de muchos asuntos de naturaleza confidencial relativos al negocio. Debe ser tan discreta que no hable de ellos absolutamente a nadie, ni aun a los miembros de su familia. Más que ningún empleado debe abstenerse de referir en parte alguna lo que ha oído en la oficina”.²⁹

Así como guardaba los “secretos” del jefe, toda secretaria velaba por una prolija disposición de la oficina, situación imprescindible para facilitar cualquier información demandada, de manera súbita. Ello implicaba que cada objeto reposara en su lugar, preparado para su uso inmediato y que se protegieran los documentos de “ojos indiscretos y de manos ociosas”.³⁰ Un vaso con flores frescas en su propio escritorio constituyó el emblema final del decoro secretarial.

Una de las actividades que introducía a la secretaria en la intimidad del despacho del jefe era el dictado que se tomaba gracias al dominio de la taquigrafía, para lo cual debía estar siempre lista, con sus útiles disponibles –la libreta y el lápiz de grafito–. Algunos manuales insistieron en cómo proceder ante el llamado del jefe:

cuando su jefe la llame acuda inmediatamente. Deje lo que está haciendo. No le haga esperar, porque el tiempo de él vale más que el de usted. Guarde una actitud discreta sin interferir en nada antes, durante y después del dictado. [...] Solamente que sea muy necesario llame la atención de su jefe respecto a algún error que cometió.³¹

En síntesis, las destrezas técnicas se entretejieron con las supuestas naturales actitudes femeninas para la cotidianeidad del quehacer oficinesco e hicieron de la secretaria una empleada que asistía al jefe, al extremo de estar a su disposición para todas las gestiones laborales, aunque a veces podían mezclarse algunas intimidades de la esfera doméstica del

²⁷ *Nuevo Manual de Dactilografía para máquinas Remington. Lo que toda secretaria y mecanógrafa debe saber*, Buenos Aires, Remington Rand Argentina, 1939, p. 33.

²⁸ *Nuevo Manual de Dactilografía para máquinas Remington*, p. 32.

²⁹ *Nuevo Manual de Dactilografía para máquinas Remington*, p. 32.

³⁰ *Nuevo Manual de Dactilografía para máquinas Remington*, p. 32.

³¹ *Nuevo Manual de Dactilografía para máquinas Remington*, p. 31-32.

jefe como la compra de un presente a algún familiar: “una buena secretaria nunca espera que le digan lo que debe hacer. Ella sabe los datos que su jefe necesita y siempre los tiene a mano. No sólo esto, sino que tiene preparados los que su jefe va a necesitar”.³²

El tercer y último requisito que toda “perfecta secretaria” debía cumplir era el de la “buena presencia” para la cual los manuales volvían a insistir en la discreción para evitar cualquier “impresión equivocada”, es decir, que se produjeran malos entendidos de índole sexual: “exquisitez sin ostentación” en la apariencia exterior.³³ Esto incluía el vestir, el maquillaje y el cabello. Nos detendremos en las manos. Por un lado, se recomendaba mantener las uñas cortas porque “uñas largas y coquetamente puntiagudas sirven solamente para retrasar la acción de los dedos”.³⁴ Sin embargo, por otro lado, se insistía con que:

las manos deben estar siempre perfectamente manicuradas y cuidadas. Las manos cuidadas son señal de orden y de limpieza, cualidades que figuran entre las buenas referencias de todos los oficios femeninos. ¿Tomaría usted de secretaria a una mujer con las uñas mal teñidas? Sería exponerse a que la correspondencia estuviera también mal tenida.³⁵

La apariencia exterior se anudó a la eficiencia técnica y al desempeño actitudinal, por lo tanto, los tres requisitos fueron parte del proceso de profesionalización de las secretarias. Los tres se adquirieron tanto en los establecimientos comerciales en el caso de lo estrictamente técnico, como en las lecturas de las revistas femeninas y los manuales de capacitación en el caso de las actitudes y la presentación exterior, así como también en la práctica diaria. Sin embargo, las instituciones de capacitación comercial y el mercado de trabajo, sólo reconocieron explícitamente la adquisición de las destrezas técnicas y asumieron que las habilidades actitudinales y en el vestir eran propias de la naturaleza femenina.

Margery W. Davies (1982) equiparó a la secretaria con el ama de casa en tanto ambas gestionaban, respectivamente, los procedimientos domésticos y burocráticos para que brillaran las actuaciones de los maridos y los jefes. Por su parte, Abel Ricardo López Pedreros (2003) se refirió a la empleada como el “ángel de la oficina”. Precisamente con esta concepción de “ángel” se aprecian los sentidos del proceso de feminización de la ocupación porque se le asignó supuestas características de la identidad femenina, es decir, una mujer era idónea para desempeñarse como secretaria porque poseía una naturaleza que la habilita para ello. La naturaleza o la idoneidad para el desempeño desconocieron todos los aprendizajes realizados para ejercer la profesión, es decir, presupuso que las calificaciones eran dotes femeninas inherentes. Los saberes técnicos fueron la excepción a ello aunque, a pesar del reconocimiento de su aprendizaje también recibieron los impactos de la naturaleza femenina: ¿la motricidad fina de las manos de mujer no la volvía apta para pulsar el teclado de la máquina de escribir?

Si el proceso de profesionalización concentrado en la adquisición de saberes comerciales abrió la posibilidad de la carrera laboral para las mujeres en los empleos administrativos, el proceso de feminización marcó claramente sus límites porque ocultó muchos de los aprendizajes adquiridos por las empleadas y asignó a sus ocupaciones un

³² *Nuevo Manual de Dactilografía para máquinas Remington*, p. 32.

³³ Composto S. Ítalo, *Secretariado Comercial*, p. 9.

³⁴ Composto S. Ítalo, *Secretariado Comercial*, p. 9.

³⁵ “Horario de belleza de la mujer que trabaja”, *Eva* (Santiago de Chile), 10 de diciembre de 1943, p. 26.

carácter de mera asistencia. Semejante operación se sincronizó con las nociones de excepcionalidad de la participación femenina asalariada y las mujeres finalizaron su carrera laboral en un puesto intermedio que si bien tenía un destacado margen de decisión respondía a las órdenes inapelables de un superior.

No faltaron representaciones que ridiculizaran la capacidad femenina para el cargo, en especial, bajo el formato de viñetas humorísticas, como la de la secretaria que despachaba la correspondencia con escritura taquigráfica o la de aquella otra que no entendía cómo su jefe trabajaba si lo único que hacía era hablar por teléfono. Abundaron las asociaciones que resaltaron el interés de la empleada por la carrera matrimonial en detrimento de la concentración en sus actividades laborales.

Asimismo, tampoco faltaron denuncias de situaciones de maltrato del jefe hacia su secretaria –gritos, jornadas laborales que excedían lo pactado– y hasta abusos sexuales. Si los relatos que unieron sentimentalmente al jefe con su secretaria finalizaron con desilusiones amorosas, una columna de *Eva* recomendaba “no busques ni aceptes invitaciones del jefe” porque “en la vida diaria se pierde el amor o el puesto en el mejor de los casos. Por lo general se pierden ambos”.³⁶ En definitiva, la secretaria se veía expuesta a numerosas situaciones arbitrarias bajo la autoridad de su superior.

Las conceptualizaciones de la feminización reforzaron los sentidos de la temporalidad del trabajo asalariado de las mujeres. La “buena secretaria” ocuparía su cargo durante la soltería o, como muy tarde, hasta el nacimiento de su primogénito, es decir, que privilegiaría la carrera matrimonial frente la carrera laboral –“ser una buena dueña de casa [...] es la mejor ocupación”.³⁷ Sólo una tragedia, como la viudez, el abandono o la desocupación del marido, la reintroduciría en el mercado y en ese caso contaba con su “escudo de protección”, es decir, los saberes comerciales.³⁸ Incluso, hasta se produjeron declaraciones que celebraron el pasaje de las mujeres por los empleos administrativos antes de su ingreso al matrimonio porque de dicho pasaje adquirirían experiencia para administrar con mayor eficiencia el hogar conyugal:

Las jóvenes que han visto de cerca los negocios no son, por regla general, tan infantiles, tan superficiales, ni desprovistas de sentido práctico como las que nada saben de esa materia. Al contrario, siempre aventajan a las otras en inventiva para arbitrar recursos, en laboriosidad metódica, en esmero, en inteligencia económica y, por consiguiente, se adaptan mejor a las condiciones de un hombre.³⁹

El mercado laboral no reconoció suficientemente el valor de la ocupación de una secretaria –aunque fuera imprescindible– y sólo midió el éxito de los negocios con los niveles de ventas. El brillo del jefe fue proporcional a la oscuridad de la secretaria. Como sostuvimos para la sociedad argentina y bien podemos aplicar para la sociedad chilena, la secretaria adquirió una identidad laboral atravesada por una *paradoja*: los saberes profesionales –la educación comercial– le permitieron participar en la carrera laboral y la convirtieron en una cumbre profesional al tiempo que la vincularon con el prestigio social, mientras que la condición femenina estimuló la descalificación y abonó el carácter excepcional de la experiencia asalariada. Esto se tradujo en los niveles de ingresos: una secretaria ganaba

³⁶ “La escalera del éxito”, *Eva* (Santiago de Chile), 1 de octubre de 1943, p. 16.

³⁷ Berta Bolen, “Una secretaria hace desvastadoras confesiones”, *Eva* (Santiago de Chile), 7 de julio de 1944, p. 17.

³⁸ *Vosotras* (Buenos Aires), 2 de julio de 1943, p. 19.

³⁹ *Cultura Comercial* (Santiago de Chile), 1939, p. 28.

sueldos mejores que los que ganaban otras ocupaciones femeninas, pero siempre menores que los que ganaban sus jefes cuando no sus compañeros varones.

Conclusiones

Los procesos de modernización capitalista convirtieron a Buenos Aires y a Santiago de Chile en “ciudades de masas”. La población creció, las y los trabajadores aumentaron, las y los empleados se multiplicaron. Quienes no tuvieron otra opción que ingresar al mercado para satisfacer sus necesidades básicas o sus anhelos de bienestar, encontraron en los empleos administrativos una opción prometedora. Las secretarias ejercieron una profesión que encarnó el máximo peldaño de la carrera laboral a la que las mujeres podían postularse en el sector administrativo. En base a su profesionalización, es decir, el dominio de saberes comerciales construidos a partir de la alfabetización, conquistaron esa posición. Esto se acompañó con cierto prestigio social al tiempo que se tradujo en mejores niveles salariales. Sin embargo, la feminización de la ocupación, al celebrar las virtudes femeninas ponderadas como “secretos”, desconoció todos los aprendizajes actitudinales y, con ello, promovió a la desjerarquización. De esta manera, se abrió la puerta a una posición intermedia que clausuró posiciones mayores y, por ende, mayores niveles salariales, así como también, promovió la temporalidad del ejercicio del puesto. Precisamente, la carrera matrimonial actuó como un canal para aliviar las tensiones que tanto la feminización como la disciplina capitalista imponían: una perfecta secretaria se retiraba de su puesto para ingresar al mundo doméstico. Allí radica el más íntimo de sus secretos.

Uno de los principios motores de la Historia de las Mujeres ha sido restituir a las mujeres a las narrativas históricas. Este desafío de conocimiento, impulsado por los movimientos de mujeres, dio vida a una historia contributiva que demostró tanto la presencia como el protagonismo femenino en los procesos históricos. Dentro del mundo del trabajo, el resultado de la restitución consistió en que se iluminaron trabajos reproductivos y trabajos productivos. El entusiasmo frente al encuentro de mujeres en numerosas actividades remuneradas llevó a la rápida conclusión de los beneficios que el trabajo asalariado aportaba a su autonomía social. Se trató de una premisa reforzada por el hallazgo de mujeres en ocupaciones ajenas al espacio fabril, que además tenían la posibilidad de participar en carreras laborales nada despreciables, como la profesión de secretaria en la que nos detuvimos páginas atrás.

Algunos análisis supusieron que esas experiencias del mercado eran liberadoras para las mujeres, a pesar de las relaciones de explotación propias de las relaciones asalariadas capitalistas. En cambio, otros análisis señalaron exclusivamente los oprobios de la explotación capitalista y obturaron cualquier interpretación sobre las bondades, por más mínimas ellas que fueran, de la experiencia asalariada. Los estudios de género y la teoría feminista aportaron herramientas teóricas para pensar la experiencia laboral de las mujeres y permitieron análisis más profundos y complejos que también restituyeron a las mujeres en la historia, al tiempo que ordenaron tan disímiles interpretaciones. La reconstrucción de una carrera laboral en ciertas ocupaciones no descartó las relaciones de dependencia que las asalariadas desarrollaron frente a los sectores propietarios, ni las desventajas que padecieron dentro de los sectores trabajadores por su identidad femenina. Precisamente, el análisis comparativo entre ambas ciudades, que rescata las similitudes sin ahondar en las diferencias –algo a profundizar a futuro-, permite iluminar los matices de una identidad laboral como la de las empleadas administrativas que sí, por un lado, las jerarquiza dentro del mercado y de las clases asalariadas, por el otro, no les ahorra subordinaciones.

El corazón de la identidad laboral de la secretaria fue la tensión que creaba el proceso de profesionalización, motor de la carrera laboral, con el proceso de feminización, límite a lo permitido. La mirada histórica sobre la construcción de esta profesión invita a pensar la importancia de las tareas de gestión para el desarrollo social. Su reconocimiento y desnaturalización son la punta del ovillo para combatir la inequidad laboral. Tal vez no sólo sea necesario que las mujeres tengan la posibilidad de acceder a los máximos cargos directivos de todo tipo de empresa, sino que, además, aquellas que elijan permanecer en puestos de diferente responsabilidad no lo vivan como una frustración de su desarrollo profesional.

Bibliografía

Adamovsky, Ezequiel (2009): *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*, Planeta, Buenos Aires.

Candina, Azun (2009): *Por una vida digna y decorosa. Clase media y empleados públicos en el siglo XX chileno*, Frasis, Santiago de Chile.

Correa, Sofía y otros (2001): *Historia del siglo XX chileno*, Editorial Sudamericana Chilena, Santiago de Chile.

Davies, Margery W. (1982): *Woman's place is at the typewriter. Office work and office workers 1870-1930*, Temple University Press, Philadelphia.

De Ramón, Armando (2007): *Santiago de Chile. Historia de una sociedad urbana*, Catalonia, Santiago de Chile.

Hutchison, Elizabeth Quay (2005 [2001]): *Labores propias de su sexo: género y trabajo en Chile urbano, 1900-1930*, LOM Ediciones, Santiago.

Lavrin, Asunción (2005 [1995]): *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*, DIBAM, Santiago de Chile.

Lionetti, Lucía (2007): *La misión política de la escuela pública. Formar a los ciudadanos de la república (1870-1916)*, Miño y Dávila Editores, Buenos Aires.

Lobato, Mirta Zaida (2007): *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*, Edhasa, Buenos Aires.

López Pedreros, Abel Ricardo (2003): "Empleados, mujeres de oficina y la construcción de las identidades de clase media en Bogotá, 1930-1950", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, N° 30, pp. 257-279.

Nari, Marcela (2005): *Políticas de maternidad y maternalismo político. Buenos Aires (1890-1940)*, Biblos, Buenos Aires.

Queirolo, Graciela (2016): "'Estudie por correo una profesión lucrativa': capacitación profesional y jerarquías de género en la enseñanza por correspondencia (Buenos Aires, 1910-

1950)", *Revista Mundos do Trabalho*, N° 15, Vol. 8, pp. 129-148. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.5007/1984-9222.2016v8n15p129>

----- (2018): *Mujeres en las oficinas. Trabajo, género y clase en el sector administrativo (Buenos Aires, 1910-1950)*, Biblos, Buenos Aires.

----- (en prensa): "Mujeres y varones entran a las oficinas: trabajo, género y clase en el sector burocrático (Santiago de Chile 1920-1960)", *Historia 396*, en prensa.

Romero, José Luis (1986): *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Siglo XXI, Buenos Aires.

Scott, Joan (2000): "La mujer trabajadora en el siglo XIX" en Georges Duby y Michelle Perrot (ed.), *Historia de las mujeres. Tomo 4. El siglo XIX*, Taurus, Madrid, pp. 427-461.

Serrano, Sol; Ponce de León, Macarena y Rengifo, Francisca (2012): *Historia de la Educación en Chile (1810-2010). Tomo II. La educación nacional (1880-1930)*, Taurus, Santiago.

Fuentes

Censos de población

XII Censo General de Población y I de Vivienda. Levantado el 24 de abril de 1952. República de Chile: Servicio Nacional de Estadísticas y Censos, 1956.

Tercer Censo Nacional. Levantado el 1 de junio de 1914. Buenos Aires: Talleres Gráficos de L.J. Rosso y Cía., 1916.

Dirección General de Estadística. *Censo de Población de la República de Chile. Levantado el 15 de diciembre de 1920*. Santiago de Chile: Soc. Imp. y Litografía Universo, 1925.

Presidencia de la Nación, Ministerio de Asuntos Técnicos. *IV Censo General de la Nación*. Buenos Aires, Dirección Nacional del Servicio Estadístico, 1952.

Periódicos y revistas

Cultura Comercial (Santiago de Chile, 1935-1939).

El Mercurio de Santiago (Santiago de Chile, 1914-1954).

Eva (Santiago de Chile, 1943-1952).

Margarita (Santiago de Chile, 1935-1953).

Para Ti (Buenos Aires, 1925-1954).

Vosotras (Buenos Aires, 1943-1951).

Folletos y manuales de capacitación comercial

Nuevo Manual de Dactilografía para máquinas Remington. Lo que toda secretaria y mecanógrafa debe saber. Buenos Aires: Remington Rand Argentina, 1939.

Academias Pitman. *Guía de estudios para el comercio.* Buenos Aires: Academias Pitman, s/f.

Academias Pitman. *El libro del éxito. Cómo prepararse para el comercio.* Buenos Aires: Academias Pitman, 1950.

Composto S. Ítalo. *Secretariado Comercial.* Valparaíso: Universidad Comercial Gregg Composto, s/f.

Instituto Comercial Alonso Figueroa. *Prospecto General 1943.* Santiago: Talleres Gráficos El Chileno, 1943.

Instituto de Contabilidad y Técnica Comercial de Chile. *Dactilografía moderna al tacto.* Santiago de Chile: Imprenta Santiago, 1927.

Instituto Técnico Comercial y Profesional de Santiago. *Prospecto General.* Santiago: Talleres Gráficos El Chileno, s/f.

Jan José María y Ollúa Ricardo, *El corresponsal moderno,* Buenos Aires, Academias Pitman, s/f (c. 1930).

Universidad de Chile, Departamento de Estudios Generales. *XXVII Escuela de Verano.* Santiago, 1952.